El 1° de octubre el cuñado de don Domingo y abogado liberal Pablo Arosemena asumió la Presidencia del Estado Soberano, elegido mediante sufragio popular. Pero por aquello de «la irritante frecuencia [en Panamá] de los trastornos de orden público» —palabras éstas de don Pablo en el acto de posesión— apenas once días después, de refilón, fue derrocado por el general Rafael Aizpuru, también liberal, quien días atrás, el 25 de agosto, se había levantado en armas contra el Presidente Gregorio Miró por complicadas razones relacionadas con la convulsionada actividad política nacional, y que aquí no viene al caso detallar.

Lo que sí importa destacar es que los amigos de la continuidad institucional, a su turno se levantaron también en armas contra Aizpuru, en una especie de contragolpe, en el que aparecieron como figuras principales Rodrigo Miró, Juan José y Domingo Díaz, Agustín Arias y cuatro Arosemenas (Constantino, Florencio, Joaquín y Harmodio), contra quienes Aizpuru dictó la resolución del 13 de octubre mediante la cual ordenaba que todos fueran reducidos a prisión...

Con actuaciones como las de 1875, don Domingo continuaba acumulando experiencias positivas y negativas, ingratas y felices, al tiempo que su vinculación al partido liberal año tras año crecía en importancia.

Vivencias en la época de la Regeneración

En 1886, con la implantación de la nueva Constitución, obra del «traidor» Núñez y del ultraconservador Miguel Antonio Caro que acabó con el régimen federal, se inició una patética y triste etapa en la historia del liberalismo colombiano, a través de la cual la colectividad subsistió prácticamente proscrita, censurada y arrinconada. Y con el fin de tratar de recuperar por medio de las armas sus derechos conculcados, en 1895 una corajuda fracción del rojo pabellón se lanzó a la guerra, que el Gobierno terminó ganando con broche de oro en la ba-

talla de Enciso, librada en tierra santandereana. Simultáneamente las persecuciones y las órdenes de destierro arreciaron.

Precisamente de esa época es una remembranza escrita por Domingo de la Rosa, con el propósito —según sus palabras— de «sentar el carácter con que obraba don Domingo Díaz y algunos de los rasgos que retrataban su entereza».[4]

«En las postrimerías de nuestra guerra civil de 1895, se encontraban de parranda en una cantina situada en Barrio Caliente, lugar adyacente a la plaza de Santa Ana, en la ciudad de Panamá, varias personas entre las cuales estaban el popular e inolvidable Juan Antonio Mendoza y un sargento mayor, segundo jefe de uno de los batallones que había movilizado el Gobierno con motivo de la reciente invasión a Bocas del Toro. Entrambos se suscitó una discusión política, de resultas de la cual el primero le dio al segundo una bofetada, que lo arrojó al suelo. El escándalo que produjo el incidente aglomeró gran cantidad de espectadores, casi en su totalidad liberales, como lo son los moradores de esa sección de la ciudad, quienes comenzaron a dar vivas al Partido Liberal. Puesto de pie dicho militar, no intentó siquiera agredir a su contendor, pues sin dilación salió para su cuartel con ánimo de traer tropas para atacar 'al populacho', según lo manifestó, y a poco quedó comprobado con la verdad de los hechos.

«A tiempo que se desarrollaban esos acontecimientos, nos encontrábamos don Domingo Díaz y yo paseando por el barrio de La Calzada, a donde era costumbre muy generalizada entonces ir a distraerse en las noches de los sábados, como era la de que se trata, oyendo la armoniosa y alegre tonada del típico 'tamborito' que el pueblo panameño canta y baila donosamente. Ajenos de toda preocupación, repentinamente llegaron, jadeantes, unos sujetos que en altas voces exclamaron: 'Corra, don Domingo, que van a asesinar al pueblo'. 'Vamos', me dijo; y a continuación tomamos un coche que nos condujo a la citada plaza, en la cual hallamos un tumulto inmenso que, alocadamente, se dirigía al centro de la ciudad lanzando resonantes vivas a

nuestra causa. Impuesta la muchedumbre de la presencia de aquel caballero sin tacha, a quien todos respetábamos y queríamos, cuya popularidad era ajena a los premeditados halagos con que cortejan las masas los políticos adocenados, puesto que la que lo rodeaba era hija de la sinceridad y rectitud de todos sus actos, despertó el entusiasmo que en coro lo vitoreó, le abrió calle, a fin de que alcanzara a Juan Antonio Mendoza y a Antonio Linares que, de bracero, la encabezaban y a quienes, más o menos, arengó él así:

'Detenéos. El valor, para que dé buenos frutos, debe ser reflexivo. A ningún provecho conducen los pasos que estáis dando. Devolvéos, que yo iré a conferenciar con el jefe de la plaza, para evitar la vergüenza de que el Ejército acuchille al pueblo inerme que os sigue'».

Afortunadamente, fue atendido a tiempo. Una cuadra más adelante, o sea frente a la capilla exterior de la iglesia de la Merced, rifle en mano se encontraban dos compañías del citado batallón —caleño por demás señas— repartidas en ambas aceras de la calle, por el centro de la cual ambos avanzaban, pues De la Rosa no se había separado de su lado. Los capitanes que las comandaban los rodearon y enseguida don Domingo les dijo:

«¿Sois vosotros los que venís a cumplir la deshonrosa misión de manchar vuestras espadas con la sangre de un pueblo desarmado? No son esos laureles a que debe aspirar el Ejército colombiano, sino los que se cosechan en los campos de batalla...».

Aún no había terminado su increpación, cuando el eco de un lejano toque militar, equivalente a la orden de ¡Alto y frente! hendió el aire y llegó a los oídos de todos los que allí estaban agrupados. «Envainaron sus espadas los susodichos oficiales —prosigue De la Rosa— y no recuerdo las explicaciones que formularon, pero, en todo caso, fueron corteses... Entre tanto, se nos reunió el general Ramón Ulloa, jefe de la plaza, caballeroso amigo nuestro, quien después de reprochar enérgicamente la salida de esa tropa, ordenó que se acuartelara nuevamente».

Fue esta oportuna intervención de don Domingo una clara demostración de serenidad y valor; prendas que continuaban acrecentando su prestigio entre el pueblo liberal... y santanero.

•

Dos o tres años más tarde, pero con muchas dificultades, la prensa liberal reaparece aquí y allá, mientras que frecuentes reuniones de correligionarios comienzan nuevamente a tener lugar a plena luz del día y sin mayores contratiempos. En la ciudad de Panamá, uno de los típicos sitios de congregación liberal fue durante mucho tiempo un popular establecimiento gastronómico del entorno santanero, y que Guillermo Andreve describió así:[5]

«Con el correr del tiempo y mi afición a la política comencé a frecuentar los portales de la cantina La Plata, en la famosa plaza de Santa Ana, en los cuales se reunía en las últimas horas de la tarde y las primeras de la noche la plana mayor del liberalismo panameño. Allí se encontraban con frecuencia los generales Buenaventura Correoso, Dámaso Cervera, Rafael Aizpuru, Gerardo Ortega, y Domingo J. González; los coroneles Nicolás Tejada, Antonio Rivera y Carlos Clément (que fue luego general); los doctores Carlos A. Mendoza, Francisco Ardila, Francisco Filós, Heliodoro Patiño y Manuel Antonio Noriega (luego general), y de tarde en tarde hacían su aparición por ese sitio los doctores Pablo Arosemena, Belisario Porras, Eusebio A. Morales, Ciro Luis Urriola e Inocencio Galindo, y los señores Próspero Pinel, Etelvino Cerezo, Rodolfo Chiari y Florencio Casís. A su alrededor se agitaba con el bullicio y la despreocupación propias de la edad un grupo de jóvenes que casi todos vivaquiaron luego en los campamentos liberales. Recuerdo de momento a Juan B. Sosa, Juan Antonio Mendoza, Juan Antonio Jiménez, Nicolás Justiniani, León A. Soto, Pedro López, Aizpuru Aizpuru, David L. Tejada, Gil F. Sánchez, Rafael Alzamora, José Asunción Cajar, Agustín Argote, Carlos F. Robolt, Juan Antonio Casanova, Gregorio Ordóñez, Pedro Antonio Maitín, Anto-

nio Alberto Valdés, Arturo Müller, José S. Mendoza, Antonio Díaz y Eladio Jirón Herrera.

«Llegaban tarde a esas reuniones, pero llegaban con frecuencia, don Domingo Díaz, el hombre más popular de la ciudad, y su hijo Temístocles...

«Con Domingo Díaz y su hijo llegaba un íntimo amigo de ambos: Domingo S. de la Rosa. Hombre campechano, servicial, valeroso, ecuánime, sabía escuchar, sabía hablar y sabía también actuar. Hombres sobrios los tres, hombres de trabajo, liberales ciento por ciento, vivían mortificados por la falta de libertades públicas, por la opresión que ejercía el Gobierno de Colombia sobre los elementos liberales y por el triste panorama de la vida nacional en que los ciudadanos estaban divididos en dos campos: el de los opresores y el de los oprimidos».

Recuerdos y elogiosos conceptos los de Andreve, que muestran el permanente contacto de don Domingo —ahora acompañado por su hijo Temístocles— con lo más representativo de su colectividad, en la que por ese entonces ya formaba parte de sus cuadros directivos.

Veamos otro ejemplo de esa constante y leal vinculación partidista: En el banquete ofrecido al doctor Pablo Arosemena en el salón comedor del Gran Hotel de España el domingo 24 de septiembre de 1899 con motivo de su cumpleaños, se encontraban presentes —además de Domingo Díaz y su hijo Temístocles— Rafael Aizpuru, Fabio Arosemena, José Agustín Arango N., Alfredo Augusto Ayala N., Rafael Alzamora, Agustín Argote, Constantino Arosemena, Miguel Borbúa, Buenaventura Correoso, Etelvino Cerezo, José A. Cajar, Tristán C. Cajar, Carlos Clément, Carlos F. de Diego, Francisco Filós, Rosendo Herrera, José Juan de Icaza, Ramón de Icaza, Juan A. Jiménez, José S. Llorent, Eusebio A. Morales, Carlos A. Mendoza, Gerónimo Ossa, Heliodoro Patiño, Santiago Rodríguez L., Manuel María Rodríguez, Alberto Santo Domingo, León A. Soto, Juan B. Sosa, José del C. Varela, Raúl Vallarino y Rafael Zúñiga G.[6]

En las elecciones internas del Partido Liberal realizadas en agosto de 1899 para renovar sus cuadros directivos, el nombre de don Domingo aparece junto con los más connotados dirigentes. En Chiriquí, por ejemplo, la junta provincial informaba que hecho el cómputo de los votos emitidos por los clubes municipales de los distritos de esa provincia, excepto tres distritos, todos los demás votaron unánimemente por el siguiente directorio plural. Principales: Pablo Arosemena, Belisario Porras, Carlos A. Mendoza, Ciro L. Urriola y Domingo Díaz».[7]

Tres resultados más:[8]

• Del distrito de Aguadulce. Principales: Pablo Arosemena, Belisario Porras, Carlos A. Mendoza, Ciro L. Urriola y Domingo Díaz.

• Del Club Municipal del distrito de Natá. Principales: Pablo Arosemena, Belisario Porras, Ciro L. Urriola, Carlos A. Mendoza y Domingo Díaz.

• Del Club Municipal del distrito de Penonomé. Principales: Pablo Arosemena, Francisco Ardila, Carlos A. Mendoza, general Rafael Aizpuru e Ignacio Quinzada. Suplentes: General Buenaventura Correoso, Gerardo Ortega, Domingo Díaz, Modesto Rangel y Salvador Jurado.

No hay ninguna duda, pues, que en el crucial año de 1899 el nombre de don Domingo figuraba codo a codo junto al de los principales dirigentes del partido, colocado en esa honrosa posición por sus propios méritos y cualidades y la admiración del pueblo liberal. Y justamente en una época en la que —repitiendo el recuerdo de Andreve— se vivía bajo «la opresión que ejercía el Gobierno de Colombia sobre los elementos liberales» , enmarcada en «el triste panorama de la vida nacional en que los ciudadanos estaban divididos en dos campos: el de los opresores y el de los oprimidos».

Oprimidos que estaban a punto de estallar violentamente, buscando por el tortuoso camino de la guerra la reivindicación de sus derechos mancillados.

2. COLOMBIA —Y PANAMÁ— EN LLAMAS

LA INSURRECCIÓN ARMADA contra el Gobierno conservador se inició en el departamento de Santander en la medianoche del 17 de octubre de 1899. Actuando por órdenes de Paulo E. Villar, jefe regional del liberalismo, Juan Francisco Gómez Pinzón alzó la bandera de la revuelta en cercanías de la población de Socorro. Al mismo tiempo, Ramón Neira se rebeló en Ráquira (Boyacá) y Cenón Figueredo se pronunció en Nocaima (Cundinamarca). Muy pronto casi todo el país se vio envuelto en la vorágine guerrera que en el Istmo tuvo uno de sus principales escenarios.

Las campañas revolucionarias más importantes dramáticamente vividas en territorio panameño fueron las siguientes:

1. Entre marzo y julio de 1900, la comandada por el abogado Belisario Porras (titulado «jefe civil y militar del departamento») secundado por el general Emiliano J. Herrera (jefe de las operaciones militares) y los doctores Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales (secretarios de Gobierno y de Hacienda, respectivamente), que finalizó con una estruendosa y sangrienta derrota sufrida por sus fuerzas en las goteras de la capital departamental, en la llamada 'batalla del puente de Calidonia'.

2. Correrías de Manuel Antonio Noriega y Manuel Patiño, entre noviembre de 1900 y mayo de 1901, que finalizaron con la desbandada de sus fuerzas.

3. Entre septiembre y diciembre de 1901 la gesta revolucionaria fue dirigida por Domingo Díaz, quien terminó capitulando ante el general Carlos Albán.

4. La última campaña —la más grande e importante— coman-

dada por el general Benjamín Herrera, secundado por un gran ejército integrado por fuerzas istmeñas y del interior del país, se desarrolló entre enero y noviembre de 1902, a través de la cual las poderosas fuerzas gobiernistas fueron derrotadas y trágicamente diezmadas. Un resonante triunfo que le hubiera permitido a Herrera ocupar sin ninguna resistencia las ciudades de Colón y Panamá; etapa final que, sin embargo, no pudo cumplir gracias a la intervención de fuerzas estadounidenses —intervención solicitada por el Gobierno colombiano— cuyos jefes le informaron al dirigente liberal que en cumplimiento del tratado de 1848 impedirían esa operación. Ante ese dilema, y luego de tres días de discusiones con representantes del Gobierno nacional a bordo de un acorazado norteamericano, el 21 de noviembre de 1902 Herrera aceptó firmar el 'Tratado del Wisconsin' que puso punto final a la cruenta guerra civil en Panamá.

Antecedentes e inicio del conflicto en el Istmo

Allá por 1898 llegó a la ciudad de Panamá, por la vía del Pacífico, el general Rafael Uribe Uribe, de paso para Centroamérica. El liberalismo panameño le brindó entusiasta recibimiento y le ofreció un suntuoso banquete en el Hotel Marina.

La tesis de su discurso y su labor desde las columnas de *El Autonomista*, en pro de la idea de alcanzar por medio de las armas el triunfo del partido, calaron hondamente en el espíritu de las masas y de la juventud que constituían la gran mayoría del liberalismo local. En consecuencia, fieles a ese propósito, Francisco Filós, Manuel A. Noriega, Heliodoro Patiño, Temístocles Díaz y Domingo de la Rosa se daban cita cada vez que recibían *El Autonomista* para seleccionar, previa lectura de cada una de sus ediciones, los artículos que debían reproducirse en *El Aspirante* y *El Criterio*.

Tratándose de asunto de tanta entidad, era natural que esas actividades no se encaminaran solamente a mantener latente el espíritu

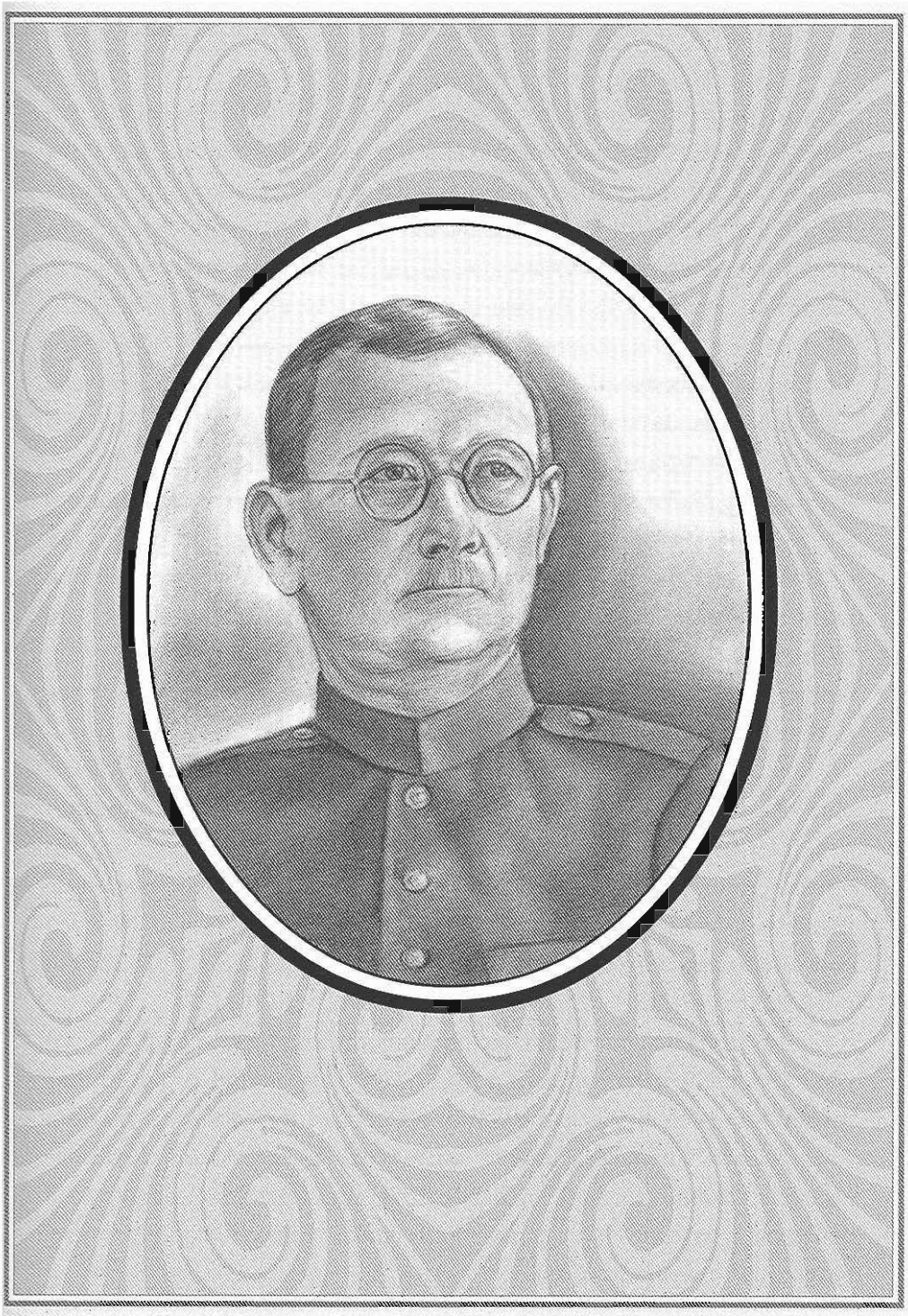
bélico. Discretamente se tomaron las medidas necesarias para que no faltaran y vinieran a sus manos en momento oportuno las armas indispensables. Pero también creyeron conveniente averiguar cuál sería la actitud del partido en las otras secciones del país al respecto, pues nada se sabía con certeza, punto importantísimo que era preciso aclarar. El doctor Arosemena opinó que era en Bogotá en donde se podría adquirir la orientación que se buscaba. Y al efecto, los más importantes jefes del liberalismo istmeño —Arosemena, Ardila, Mendoza, Ortega, Correoso, Aizpuru y Domingo Díaz— designaron a De la Rosa para desempeñar esa comisión, quien el 16 de septiembre de 1899 llegó a Bogotá.

Inmediatamente presentó sus credenciales al doctor Aquileo Parra, presidente del Directorio Nacional Liberal y le dio cuenta del belicoso entusiasmo que reinaba en Panamá y en Bolívar. Parra le manifestó sus dudas con respecto a que el liberalismo estuviera en condiciones de iniciar una guerra «viable», pues creía que el partido no estaba en condiciones de llevarla adelante con éxito.

Separadamente, De la Rosa enteró a los generales Uribe Uribe y José María Ruiz del resultado de la conferencia. Ambos se manifestaron opuestos a que la revolución estallara en la fecha que ya el santandereano Paulo Emilio Villar había fijado, y por insinuación de aquellos, a éste le envió una carta en la que, en nombre del liberalismo panameño, le pedía una tregua, siquiera de dos meses, para iniciar el levantamiento armado. Sin embargo, no todos pensaban lo mismo. El general Cenón Figueredo le manifestó a De la Rosa que no aceptaba ninguna demora para que estallara la revolución; opinión que compartía, según le aseguró, el general Ramón Neira.

En su viaje de regreso a Panamá, De la Rosa hizo escala en Barranquilla, en donde importantes personajes del partido lo recibieron con especial afecto y atención, y a quienes transmitió sus impresiones sobre la actualidad política.

Un día después de que en el departamento de Santander estalla-



Domingo de la Rosa